

LA MUJER,

PERIODICO

escrito por una sociedad de señoras y dedicado á su sexo.

Este periódico sale todos los domingos; se suscribe en Madrid en las librerías de Monier y de Cuesta, á 4 rs. al mes; y en provincias 10 rs. por dos meses franco de porte, remitiendo una libranza á favor de nuestro impresor, ó sellos de franqueo.

En nuestro último número, después de estendernos en demostrar la necesidad de un establecimiento que sirviese de asilo á las jóvenes necesitadas, y en donde á la vez que encontrasen trabajo para proporcionarse su subsistencia hallasen también instrucción fortaleciendo en él sus principios de moralidad y sus buenas costumbres, dejamos para el presente la exposición de las bases y fundamentos sobre que dicho establecimiento podría constituirse.

Poca es la parte que en el presente artículo vamos á tener, pues que, según dijimos en el anterior, la idea de este asilo es concebida por algunas de nuestras suscriptoras, que lamentan la horrible suerte de tantas víctimas infelices de la corrupción, y estimuladas por su compasivo corazón quieren oponer un asilo de protección y moralidad á los establecimientos del vicio, para evitar cuando menos el que nuevas jóvenes inocentes aun, puras y virtuosas, vayan á ensanchar las filas de las mujeres perdidas, arrastradas por la miseria y por la seducción que de su desesperada situación se aprovecha.

Estas mismas señoras al concebir el pensamiento también nos indican las bases fundamentales de su proyecto, que son las que vamos á exponer.

No faltará quien juzgue bueno el pensamiento, filantrópica la idea y digna de alabanza: pero que la califique de utopía tan bella como irrealizable, primero por falta de fondos y después por otras causas que á su tiempo rebatiremos, no para persuadir á los que así juzguen, pues que esas personas, que miran todo nuevo proyecto con la sonrisa de la incredulidad ó del desprecio, no las convence ni aun la realidad de los mismos, sino para evitar que su pernicioso influjo impida que otros presten á este benéfico proyecto el apoyo que necesita.

Generalmente la falta de fondos es un obstáculo insuperable cuando lo que se propone, y para lo que se necesitan, ni es de interés general ni se proyectó con la fé, el ardor, la constancia y la voluntad firme que no retrocede ante los obstáculos; pero si los que concibieron la idea están adornados de estas cualidades, si el proyecto es de utilidad general reconocida, entonces es muy diferente porque al fin se realiza y suele suceder que aun los que al principio lo combatieron lo apoyan después.

Tal sucederá ciertamente con el asilo cuya fundación nos ocupa: que es no ya de utilidad sino de necesidad imperiosa, está reconocido y no negado por nadie; y en cuanto á la firme voluntad para llevarlo á cabo, la constancia necesaria para triunfar de los obstáculos, y la fé viva que anima tanto á las nobles señoras que lo concibieron, como á nosotras elegidas por ellas para contribuir con nuestra publicación á su establecimiento, circunstancias son que el tiempo probará que poseemos.

Los fondos se allegarán fácilmente, porque ni son muchos los necesarios, ni habrá ninguna dama de noble corazón que deje de contribuir con la insignificante cantidad por que se abrirá la suscripción, para una fundación cuyo fin es tan laudable, cuyos resultados han de causar tan dulce satisfacción á las que contribuyan á él.

Supuestas estas razones, es consiguiente que la suscripción cubrirá la cantidad necesaria para el establecimiento. Su entretenimiento es aun más fácil, pues que como no será otra cosa que un templo que la compasión por las jóvenes erigirá á la virtud y al trabajo, ese mismo trabajo le proporcionará los fondos necesarios á su existencia.

Y no se objete que el trabajo de las mujeres no

es bastante á proporcionar los fondos necesarios, pues esta objecion la desmienten las pingües riquezas de los que explotando el trabajo de la mujer hicieron sus notables fortunas.

Una vez espuestos los medios de fundacion y sosten del establecimiento, ya su arreglo interior, su mecanismo y reglamentos es consiguiente mucho mas cuando contamos para ello con los conocimientos y cooperacion de personas de gran ilustracion y sabiduría, que se han prestado á cooperar á nuestra obra, cuyo pensamiento ha llenado cumplidamente sus deseos.

Las dimensiones de nuestro periódico no nos permiten hoy estendernos mas sobre este asunto, pero dejamos su continuacion para el número siguiente.

FELICIDAD DE AMAR.

Amar! amar! comunicar la llama
Que inestinguible el corazon devora,
Es la felicidad inmensurable
Que allá en el cielo el elegido goza!

Feliz el alma que cariño inspira:
Feliz el alma que de amor rebosa:
Ay! triste aquella que el amor desdeña
Y su egoista afan cifra en sí sola!

Yo me siento abrasar de un santo fuego
Que en vano describir quiero afanosa,
Pues falta en elocuencia al labio mio
Lo que en afecto al corazon le sobra.

Hubo un tirano que anheló ferviente
Que la humanal stirpe jactanciosa
Tuviera solamente una cabeza
Para cortarla en su venganza loca;

Yo quisiera, insensata, que tuviese
Un solo corazon, un alma sola,
Para adorarla con ardiente culto,
Cifrar en ella mi existencia toda.

Y al mirar que rechaza el mundo impío
Mi afecto con sonrisa desdeñosa,
Tributo á la natura el sentimiento
Que sin cesar del pecho se desborda.

Y amo á la humilde flor, que me da en cambio

De su capullo el celestial aroma,
Amo á la brisa que revuela en torno
Y mi cabello susurrando toca:

A la avecilla que en la selva umbria
A Dios eleva su sencilla trova,
La clara fuentequilla que murmura
Y la luna que brilla misteriosa.

Adoro al sol, cuyos brillantes rayos
Vuelven al árbol sus perdidas hojas;
A ese mar que formula dulces quejas
Al estrellarse en las peladas rocas.

Y aves, flores y fuentes me devuelven
Con mil perfumes y variadas notas,
Dulces suspiros de un amor sublime
Que de embriaguez el ánima transportan.

Feliz mil veces quien comprende y siente
Esa música dulce, embriagadora,
Esa atraccion que enlaza el universo
Con cadena invisible y misteriosa.

Formada fué de amor naturaleza:
Todas sus voces el amor pregonan:
Milagros son de amor aves y fuentes,
Brisas, ecos y flores seductoras.

Ay! ¿qué mundano bien es comparable
Al supremo placer que el alma arroba
Cuando se entrega al éstasis divino
Escuchando esas voces armoniosas?

Del mar inmenso en la desierta orilla,
Y recostada en la campestre alfombra,
Dejo vagar el alma, que ferviente
A otra esfera mas pura se remonta.

De la materia entonces desprendida,
Comprende esa alianza misteriosa
Que forman entre sí todos los seres,
Y el dulce nombre que á la par invocan.

Y comparte su júbilo infinito,
Su dulce sensacion embriagadora,
Sintiendo la despierte un leve ruido
Que la detenga en su carrera loca.

No del tiempo fugaz la yerta mano
Apague este volcan que me devora;
Que es mi supremo bien el sentimiento,
Y tan solo en amar cifro mi gloria!

El alma que aquí gime peregrina
Amando cumple su mision penosa:
Dios de su eterno amor nos dió el ejemplo,
Y se abrasa de amor la tierra toda.

El que sabe adorar con fé sincera
El triste mundo en un eden transforma,
Que es la felicidad inmensurable
Que allá en el cielo el elegido goza!

Angela Grassl.

AL PERIODICO «LA OPINION PUBLICA.»

En su número del jueves 22, despues de *suponer* este periódico que el nuestro traia algunos epigramas nada bonitos y escritos en un language que no merecia alabanzas, da á las redactoras de *La Mujer* los consejos que creyó del caso.

La *Opinion Pública* sufrió sin duda una grave distraccion atribuyéndonos en ella lo que si leyó debió ser en algun otro papel, pues que nuestro periódico no contenia epigramas ni feos ni bonitos, ni bien ni mal escritos, y mal pudo ver la *Opinion* en nuestro último número lo que no existia en él; por esta razon pues esperamos de la buena fé y veracidad de los redactores de aquel periódico que rectifiquen el dicho deshaciendo su asercion inexacta.

Nuestro periódico, cuyo fin es la moralidad, cometeria una grave falta publicando esos conceptos que la *Opinion* supone, y dedicándose á epigramas de mal género; y absteniéndose con estremada circunspeccion de ocupar sus columnas con tales publicaciones, no puede permitir que se le atribuyan gratuitamente por nadie con inexactitud patente.

Juzgamos suficiente lo dicho para que la *Opinion Pública* rectifique, en honor de la verdad, su inexacta gacetilla, y ya que nos dió de gracia un consejo, muy bueno si hubiera sido oportuno y necesario, nos dé de justicia la satisfaccion que de su buena fé esperamos.

Damos con el mayor gusto cabida en las columnas de nuestro periódico á las siguientes improvisaciones que ha tenido á bien remitirnos la Ciega de Manzanares, *María Francisca Diaz Carralero*, y recordando lo que dijimos acerca de ella en uno de nuestros números anteriores, sentimos á la par de nuestro corazon que esta singular

cuanto desgraciada criatura no tenga á su lado una persona medianamente instruida que aconsejándole y leyéndole buenos poemas pudiera desarrollar, no digamos despertar, en su alma extraordinaria el gusto lírico, sembrando en ella semillas capaces de producir en breve tiempo ópimos frutos; y puesto que posee en alto grado todos los elementos necesarios para comprender la magnificencia de la literatura latina, es una lástima que no haya quien la llame detenidamente la atencion sobre la agudeza de Marcial, sobre la travesura de Plauto, sobre la profundidad de Séneca, y principalmente detenga el vuelo de ese espíritu impresionable sobre la sensibilidad de Ovidio y sobre las ricas flores del cantor de Eneas.

OCTAVAS

IMPROVISADAS CON MOTIVO DEL TRISTE SUCESO DEL
día 2 de febrero.

¿A quién viniste á herir, oh regicida?
A la madre sin par del pueblo hispano,
Símbolo de la paz, y distinguida
Por su inocencia y corazon humano?
¿Vinistes á atentar contra su vida,
Hijo de las arpías, tigre insano?
¡Nos quisiste privar del bien presente
Y de nuestra esperanza floreciente!...

Magnánima Isabel, Dios te ha sacado
De tan cruel suceso con victoria;
Su mano omnipotente te ha librado
Añadiendo una página á tu historia;
Mas el pueblo español regocijado
Jamás te borrará de su memoria,
Que toda su esperanza está cifrada
En tu bondad tan alta y declarada.

La Ciega de Manzanares.

QUINTILLAS

IMPROVISADAS EN OBSEQUIO DE MI SEXO.

Este siglo que surcamos
Se llama de ilustracion;
Y así nos determinamos
A escribir, y nos lanzamos
Al mundo de la ilusion.

¿Por qué se ha de oscurecer
El género femenino?
¿Y por qué no debe ser
Comparado al masculino
Si no en valor, en saber?

Bien que viva destinada
Al doméstico cuidado;
Pero nunca separada
Del genio que sublimado
Vive en su mente exaltada.

—
Eal escribid sin temor,
Porque la misma prudencia
Saque al hombre de su error,
Dando á la mujer honor
Y al talento preferencia.

—
Si aquesta composicion
Un erudito leyere
Deseo que considere
Que es solo una inspiracion;
Y si mi improvisacion
Es un cúmulo de errores
Está bien claro, señores,
De mi disculpa el motivo,
Porque el árbol sin cultivo
No produce bellas flores.

La Ciega de Manzanares.

LAS TAITIANAS,

BELLEZA, TRAGE, GUSTO POR LA MÚSICA, DANZA.

(Hojas sueltas del diario de un oficial de Marina.)

(Conclusion.)

La influencia de la reina Pomaré es grandísima no solo sobre los habitantes de Taití y de Morea, sino tambien en todas las islas á sotavento que con arteria han logrado los ingleses separar de su dominacion. Los gefes de Huaine, Ratatea, Bora-Bora, etc., se consideran siempre como sus vasallos, y de ello hemos tenido una prueba bien recientemente á propósito de las dificultades que por poco nos obligan á hacer una expedicion contra Huaine. A los conciliadores esfuerzos de Pomaré se debió sobre todo el pacífico desenlace de ese negocio. Así pues es de buena política atenderla mucho, halagando su vanidad, respetando escrupulosamente la parte de autoridad que se le ha concedido y adelantándose á sus ligeros caprichos. Un disgusto de su parte podria suscitar nos graves embarazos.

Pomaré es una mujer de mas de cuarenta años, llena de dignidad en su porte cuando está en escena; su mirada es espresiva y algo dura, no reflejando nada de las volcánicas pasiones que devoraron su

juventud. Fué hermosa, pero en el dia sus formas y facciones están confundidas en esa malhadada gordura que desde la juventud se apodera de las taitianas. Con la edad ha venido la sabiduria: Pomaré es de esas á las cuales les será perdonado mucho porque pocas mujeres han hecho tanto como ella para merecer la misericordia del cielo. Al presente es en su pais modelo de virtud conyugal, y motivo de edificacion para sus inconstantes vasallos.

Arli-Faite, príncipe esposo, es un gran Kanac de hermosa presencia, que posee muy estrictamente la inteligencia de su empleo, y bastante á propósito para desempeñar muy constitucionalmente los deberes de su cargo. De mucha menos edad y de muchos menos alcances que su real esposa, desaparece algunas ocasiones entre los guayabos (los guayabos son los mirtos de Taití), y no pocas veces se refugia hasta en Morea. Su elevada estatura y su alta posicion le facilitan entre el bello sexo conquistas á que es muy inclinado, pero Pomaré, que en el dia se ha vuelto celosa, ni se manifiesta piadosa con sus cómplices ni con él mismo. Así cuando despues de sus escursiones por entre los matorrales es conducido á palacio por los *mutois* (gendarmes), tratado á manera de escolar, su vengativa esposa lo espone á todos los rigores del martinete.

Habiendo aceptado Pomaré la invitacion que le hizo el comandante de nuestro buque para asistir á una comida, tuvimos el honor de recibir á bordo á toda la familia real. Veintiun cañonazos saludaron á la reina cuando partió de la playa: al aparecer sobre el puente de la corbeta la guardia presentó las armas y la música entonó la *Marcha de Pomaré*.

S. M. se habia presentado de gran *toilette*, lo cual llamaba la atencion, porque de ordinario se viste como una simple Kanac, llevando un ancho peinador de raso negro, profusamente adornado de flores bordadas con felpa en la parte de los hombros, pecho y espaldas, vestido que era de muy mal gusto. Llevaba en los dedos hermosos brillantes, una corona de flores amarillas en la cabeza, y por último medias y zapatos. Arii-Faite, cubierto con un sombrero de general, llevaba sobre un redingote azul charreteras de capitan de navío, cuyo vestido le sentaba muy bien aunque le hacia sudar estraordinariamente. En el sitio que debia ocupar en la mesa la reina fué colocado un gran sofá de terciopelo carmesí sobre un estrado, de modo que estuviese mas en alto que los demás convidados. Esta es una prerrogativa á que ella da mucha importancia. Una co-

rona de follage rodeando su cifra hecha de flores pendia sobre ese trono, y todas esas atenciones atrajeron á sus labios una graciosa sonrisa. Se dice que es de viva imaginacion, que tiene ocurrencias y respuestas felices; pero yo no puedo creerlo sino refiriéndome á quien lo dice, pues por mi parte no le oí decir sino *hé* (sí), y *aita* (no), segun que queria aceptar ó rehusar lo que se le ofrecia en la mesa.

En cuanto al príncipe esposo solo puedo decir que habló la mitad menos que su consorte, pues se guardó bien de decir jamás *aita*, cualquiera que fuera la cosa que se le ofrecia. Sin embargo, habiéndole dicho un chusco en su idioma, y bastante bajo para que no lo oyera la reina: —Arli-Faite, ¿quieres venir esta tarde á pasear conmigo por entre los guayabos? El salvaje abrió notablemente los ojos y la boca, y arrojando en seguida una mirada furtiva sobre su esposa, dijo suspirando: —*Aita*.

—Ah! bribon, le respondió el chusco; parece que hay temor de que el látigo venga á acariciar la parte de atrás.—*Hé!* dijo el príncipe, y maquinalmente llevó la mano al parage designado. Su apetito, no menor que el de Milon de Crotona, nos asombró bastante, y eso que segun supimos ya habia comido en su casa cuando vino á bordo: la vecina que tenia la bondad de hacerle los honores del festin no daba avío á su trabajo. Esa vecina era una de las mujeres mas encantadoras del cuerpo diplomático, la cual por una dichosa casualidad fué nuestra compañera de viaje durante veinte meses; pero Arli-Faite, ocupado únicamente de su plato, se curaba poco de la mano que le servia. Una costilla era para él un bocado, un beefsteak apenas alcanzaba para dos, y él solo dió fin á medio pastel y á medio pavo, de modo que la vecina despues de grandes y generosos esfuerzos tuvo que renunciar á la idea de colmar el abismo sin fondo de aquel estómago salvaje. Bastante tiempo esperamos á que concluyese, pero como en manera alguna daba indicios de que pensase retirarse, se le puso en las manos á guisa de consuelo una torta y un pastel de Saboya, y entonces se levantó de la mesa.

Cuando la reina se retiró era ya de noche; al partir se quemaron fuegos de Bengala en los penoles de las vergas, pero como reinaba calma chicha las pavesas de los fuegos de la verga mayor, cayendo de lleno en la falua, amenazaban incendiar toda la familia real. Al bajar Aimata, nuera de la reina, una de esas pavesas cayó sobre su vestido, que al momento se inflamó; pero afortunadamente un oficial, que estaba

junto á ella, abrazando á la jóven princesa ahogó con sus brazos el fuego que iba á devorarla. Al dia siguiente se decia, aunque yo no lo creo, que apenas entró Arli-Faite en su casa arrojó su fatigante vestido y mandó que le diesen de comer otra vez.

LA CUEVA MISTERIOSA.

(Continuacion de la aventura ocurrida al padre de una suscritora nuestra de provincia.)

Vais á oir, señor doctor, la historia triste de mi familia; historia de generaciones que se han sucedido arrastrando su existencia bajo una terrible maldicion que nos condena á ser esclavos pareciendo señores, y á sufrir el colmo del infortunio de los mismos medios que habian de proporcionarnos la felicidad.

Quizá juzgue V. que tomo algo largo el hilo de esta triste historia, pero preciso me es hacerlo así, para que identificándose V. con los acontecimientos pueda juzgar nuestra conducta y nuestras opiniones, que quizá V. califique de preocupaciones.

Cada paisage tiene su diferente perspectiva, segun el diverso punto desde donde se le mira; así tambien la manera de juzgar de los acontecimientos varía segun las circunstancias, opiniones y conocimientos de ellos que tiene quien ha de formar el juicio. Esta es la razon por qué, aunque á peligro de abusar de su paciencia, me veo precisado á empezar esta relacion desde tiempos un tanto remotos.

Tocaba á su fin el siglo XV. Doña Isabel la Católica, para completar la corona de su gloria, dirigia sus huestes á Granada, último recinto donde aun ondeaban los estandartes de la media luna, paraíso codiciado de los cristianos, que los moros poseian aun, concentrándose en él para defenderlo todos los guerreros de nombradía que adoraban á Mahoma, todas las fuerzas que militaban bajo sus pendones.

Oh! y hacian bien en codiciarlo unos y defenderlo otros; porque Granada, con su ambiente de perfumes, con sus flores y sus grutas, y sus cascadas, y su cielo trasparente, y sus alegres dias, y sus melancólicas noches.... ¡ah! Granada era el paraíso de los musulmanes, el eden de los cristianos.

Boabdil no era débil como algun historiador ha supuesto; su falta consistia en que no tenia corazon de rey, sino de enamorado. Un año antes de que la reina Isabel presentase sus huestes al frente de Granada habian apresado sus siervos una vírgen cristia-

na que inspiró al rey moro un amor vehemente, profundo, como no lo había sentido nunca por ninguna de las bellezas de su serrallo. Boabdil amó con el amor sumiso de un cristiano; pero amaba á una cristiana á quien inspiraba horror, y que juró al verse cautiva inmolarle á su religion antes que sucumbir á los deseos de sus enemigos.

El último rey de Granada puso á la noble doña María de Vargas, que tal era su nombre, en la torre mas bella de la Alhambra; la cercó de lindas esclavas que adivinaban sus deseos y estudiaban los medios de distraerla, en tanto que triste y melancólico rondaba las cercanías de aquella torre que encerraba su única felicidad, dándose por dichoso cuando alcanzaba á verla asomada á algun mirador, ó entre las alamedas de los jadrines.

Mas la fiera cautiva no se dignaba ni aun aceptar sus obsequios, retirándose á lo interior de su estancia así que lo divisaba, y despidiendo á las esclavas y los músicos que anhelaban divertirla, permaneciendo constantemente sola y encerrada.

(Se continuará.)

DOS CORONAS.

(DEL AGENTE DE ALICANTE).

Era el 7 de mayo de 1848: se anunciaba serena el alba, precursora de un día brillante, sin nubes en el cielo, sin nieblas sobre los campos.

En un valle no muy prolongado, pero bastante ancho, se ven dos pueblos de reducida estension cada uno: sepáralos una distancia casi de media legua; entre los dos, precisamente en la mitad de esa distancia, hay un inmenso nogal.

El alba permite que se distingan los objetos, aunque no sus formas. Todavía duermen las aves, y solo interrumpen el silencio de la alborada el murmullo apacible de un cercano arroyuelo, y el medroso paso de algunas cabras conducidas por su pastor á los vecinos montes.

Silenciosamente tambien se llegan hácia el nogal dos niños, viniendo en direccion opuesta, lo cual indica que han salido al mismo tiempo de cada uno de los espresados pueblos.

—¿Eres tú, Pablo? dice uno al otro al verse ya cerca del árbol.

—Sí, Andrés; qué bien te conozco por la voz, ¿verdad?

—Como yo á tí.

Los dos niños se conocian perfectamente, pues todos los dias festivos se reunian por las tardes con otros mas en aquel sitio para esparcirse en los juegos propios de su edad.

—¿Y á dónde te encaminas? preguntó uno.

—A la ermita. respondió el otro.

—Tambien yo voy allá.

—Iremos juntos, ¿quieres?

—Sí, pero es temprano, y la hermana Gertrudis no habrá abierto la puerta.

—Pronto oirás como tocan á misa en mi pueblo despues de las tres campanadas del alba.

—No tardarán en tocar tampoco en el mio.

—A ver quien acierta cuando van á tocar.

—Yo digo que no pasarán tres minutos.

—Yo que dos y un poquito.

—Yo dos...

—Yo uno y medio...

—Yo uno...

—Ahora...

—Te has equivocado... Ahooooo...

Y este último prolongó esta sílaba mientras pudo contar con su aliento.

—Ahora! dijo en voz mas fuerte y con precipitacion el otro.

—No has acertado, porque has dicho *ahora* a oir la campanada de tu pueblo.

—Y ahora se oye la del tuyo.

—Siempre tocan á un mismo tiempo los dos campaneros. Oye, oye; ¡qué gusto da oir este ruido que se va hácia los montes!

—Mira, Pablo, recemos las tres Ave-Marías que se rezan á esta hora.

Y los dos niños cruzaron los brazos sobre el pecho, y sin duda rezaron.... Como, sin duda, debe agradar mucho al Ser á quien se dirigen los niños en tal hora, esa salutacion, primera ofrenda de sus corazones inocentes, como el primer tributo de suavísimo perfume que envian al aire las flores cuando se sueltan al beso de las auras que se despiertan en los valles.

—Vamos á la ermita? dijo Andrés.

—Vamos que ahora estará ya abierta.

Otra vez silenciosamente andan aquellos niños. ¿Esperimentarian como nosotros esa misteriosa influencia del crepúsculo matutino, que da accion al pensamiento, pero que embarga la voz casi siempre? Seguramente en los niños, como en los hombres, esa hora es de meditacion mas que de discusion ha-

blada; y es que el espíritu elabora entonces las ideas en la mente para sí propio, admirando y alabando con cada una de ellas las maravillas que la naciente luz deja ver sobre la tierra, cuyo despertar es tan dulce, y pudiera decirse voluptuoso.

Pero en nuestros dos niños habia otra cosa mas: habia en uno pensamientos de placer, y de bastante importancia para no deleitarse en silencio con los goces que le esperaban; y habia en el corazon del otro algo parecido á la pena, á la angustia.

Como lo dijeron, hallaron abierta la ermita. Junto á una mesa sobrecargada de flores, y en la que ardia un cabo de vela, estaba la hermana Gertrudis, que dijo al ver á los niños:

—Llegais á tiempo: toma, Pablo, (y le dió una fragante corona de rosas blancas); y tú, Andrés, (y le dió igualmente otra corona de siemprevivas amarillas).

—¡Ay qué hermosa! exclamó aquel, y una sonrisa animó todo su semblante.

—Pobrecita! dijo el otro, y se le hincharon los párpados, humedecidos de lágrimas.

—Dí á tu madre, Pablito, que le doy la enhorabuena, añadió la hermana Gertrudis. Tú, Andresito, dí á la tuya que siento su desgracia; ya bajaré á ver á las dos.

—Los niños salieron de la ermita.

—Qué triste te has puesto, Andrés.

—Y tú qué alegre.

—Se casa ahora mismo mi hermana...

—Anoche se murió la mia...

No hablaron mas: Pablo aunque niño, respetó la pena de su compañero.

Al llegar al nogal cambiaron un *adios*, y cada uno se dirigió á su respectivo pueblo.

En uno, todos los jóvenes, vestidos de *gran gala*, acudian bulliciosos á una casa cuya puerta festoneaba un arco de mirto, del cual pendian graciosos ramos de flores: todos saludaban risueños á una niña de quince años, fresca como las margaritas y modesta como las violetas.

En el otro pueblo todos los jóvenes, vestidos tambien de *gala*, acudian en silencio á una casa cuya puerta no tenia mas adorno que una palma graciosa, pero pálida, de la cual pendian los extremos de un lazo de cinta azul.

Todos entraban y se paraban ante una mesa sobre la cual dormia otra niña de quince años tambien, graciosa como la palma de la puerta, mas como ella tambien pálida.

Cada niño dió á su madre la corona que traia. De los ojos de las dos madres rodaron lágrimas.... Cada una perdía una hija!

—Tu cariño ya no es solo para mí, dijo la de la corona de rosas blancas, al ceñir con ella la frente de su hija. Y qué podrá ser de tí! añadió.

—Ya tus labios no se ronrien al engalanarte! dijo la de la corona de siemprevivas, al rodear con ella la inclinada cabeza de su hija... (y lloraba).

—

Las madres lloran siempre: su amor es el mas ambicioso y el mas santamente egoista. A todos los hombres, como á la muerte, quisieran negar esos tesoros de su corazon, esas fuentes puras en que se miran, esos pedazos de cielo en que clavan sus ojos como para llamar á la esperanza y al valor para vivir.

A un mismo tiempo las campanas de una iglesia llevaban con sus voces la alegría á los habitantes de un pueblo... y á los del otro las de su iglesia el desconsuelo.

Para las dos madres cada sonido de las campanas, si bien con efectos mas y menos dolorosos, era una voz triste, un eco débil de un himno de placer, un *adios*! —J. V. y B.

Hé aquí algunos apuntes biográficos de la condesa de Merlin, que segun saben ya nuestras lectoras acaba de fallecer en Paris.

La condesa de Merlin, criolla de las Antillas españolas, se llamaba por parte de familia doña Mercedes de Jaruco, hija del conde de Jaruco, gobernador que fué de la isla de Cuba. Educada por una condescente abuela y por un padre no menos indulgente, se aprovechó de su imperio y libertad para satisfacer todos sus caprichos. Sin embargo, como esta audacia indisciplinada podia acarrear graves consecuencias determinaron meterla en un convento; pero la joven criolla, lejos de someterse á la decision de su familia, resolvió tomar un partido violento y decisivo para evitar el triste porvenir que le esperaba.

El único medio era la fuga; ¿pero cómo escaparse del convento? En Francia tal vez hubiera sido difícil, pero en la Habana las costumbres religiosas son mas favorables á esta clase de empresas. El convento se comunicaba con una iglesia vecina por una puerta secreta; esta puerta nunca se cerraba con llaves ni con cerrojos, y bastaba apretar ligeramente

un boton para abrirla: nada pues mas sencillo que pasar desde el convento á la iglesia y desde esta á la calle. Doña Mercedes dirigió un tierno adios á su amable cómplice, que era una jóven religiosa, y abandonó el convento para no volver mas á él.

Todo sucedió como lo habia pensado. Su familia, viendo que no tenia vocacion, no trató ya de separarla del mundo, y su padre el conde de Jaruco, que se disponia á hacer un viaje á España, la llevó consigo.

Llegada á Madrid fué recibida por su madre la condesa de Jaruco, cuya hermosura estaba entonces en su apogeo, siendo curioso ver á una madre de 25 años y á una hija de 12 rodeadas de una turba de cortesanos y adoradores. Cuando doña Mercedes hubo cumplido 14 años se pensó en casarla; su eleccion recayó en un caballero español llamado el marqués de Cerrano; pero á causa del carácter y malos procedimientos del novio no se llevó á cabo el casamiento. Por este tiempo el rey José Bonaparte habia subido al trono de España, y aplicando su política á enlazar las principales familias españolas con oficiales franceses, propuso á la condesa de Jaruco el matrimonio de doña Mercedes con el jóven general Merlin, uno de los oficiales mas distinguidos del ejército, verificándose el matrimonio á los pocos dias.

OPIATA ODONTINA.—Receta: sepia oficial, media onza; óxido de magnesia, 2 dracmas; lirio de Florencia, una dracma; quina loja, id.; cochinilla, dos escrúpulos.

Despues de bien pulverizados cada uno de estos ingredientes, se mezclarán perfectamente, añadiendo la suficiente cantidad de mucilago de goma arábica, hasta que llegue á tomar la consistencia de opiata, y poniendo á lo último de tres á cinco gotas de esencia de menta.

Esta opiata conserva bien la dentadura, deja muy blancos los dientes, sin arañar ni destruir el esmalte, y hasta destruye el mal olor de la boca, cuando está sostenido este por la falta de aseo y limpieza, ó por las caries de alguna muela.

Dice el *Observador*:

«Leemos en un periódico de Sevilla la sigu iet estupenda noticia: «La señora doña Carolina Coronado marchó anteayer para Badajoz, en compañía de su esposo don Manuel Breton de los Herreros.»

Nuestro colega es un casamentero como hay pocos. A la señora Coronado, casada recientemente con Mr. Pony, secretario de la legacion anglo-americana, y al señor Breton de los Herreros, que ha dejado en Madrid una esposa querida, los ha unido en santo matrimonio, sin pararse en pelillos. ¿Dónde diablos habrá ido á buscar las dispensas para semejante enlace?»

Con el título de Agencia doméstica verá la luz en esta corte desde 1.º de mayo, un dia sí y otro no, un periódico destinado á secundar el pensamiento concebido por el señor gobernador al crear la oficina de empadronamiento de sirvientes de ambos sexos, que es el de moralizar esta clase.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestras apreciables suscriptoras de provincias de los puntos en que no tenemos correosales, se sirvan remitirnos el importe de la suscripcion vencida, por medio de una libranza sobre Correos.

ANUNCIOS.

POESIAS

de la señorita doña Angela Grassi.

Véndese á 4 rs. en las librerías de Monier, carrera de S. Gerónimo; Rios, calle de Jacometrezo; Oliveres, calle de la Concepcion Gerónima, y en la imprenta de este periódico, calle de María Cristina núm. 8 cuarto bajo.

EL FANAL DE LA MUJER,

periódico escrito por una sociedad de señoras y dedicado á su sexo.

Este periódico, que verá muy pronto la luz pública en Logroño, saldrá todos los domingos. Cuesta en Madrid 5 rs. por tres meses, y se suscribe en la imprenta de este periódico, calle de María Cristina número 8, bajo, donde hay algunos prospectos.

FLORISTA Y COSTURERA.

En la calle del Olmo núm. 20, bollería, darán razon de una señorita que hace y enseña á hacer con la mayor perfeccion toda clase de flores, ya sea en su casa ó ya en la de las señoras que gusten favorecerla. Sabe tambien hacer vestidos y cualquiera otra prenda de mujer que se le encargue.

MADRID, 1852.

Imprenta de don José Trujillo, hijo,
Calle de María Cristina, número 8.